



Don Francisco Antonio Encina

Bien es cierto que su prodigiosa vitalidad se proyectó en una dinamismo sin cesar en tiempo y que pocas veces tanta plenitud se justificó en la contemporaneidad y en la falta fidedigna de la obra con ella comparada.

Gratitud y afecto se suman en mí en esta distancia temporal y geográfica. Juntos se confunden en mi memoria las imágenes del hombre de acción, alerta y solitario en el problema del lenguaje indígena. Lo ven sacando de su velador el fofo de libros para la compra del pelo malogrado, o salir a las seis de la mañana, abultado en su propia belleza, firme en la silla de hueso, hasta el medio día, cuando regresaba traído a las cosas del mundo para compartir el bien que a uno común y trabajar juntos, sin parar, hasta la medianoche.

Lo veo andando en su silbo negro entre los árboles de la antigua ciudad de la Azambuja, dictando en interminable manuscrito durante cinco, diez, setenta horas seguidas, legada que sólo interrumpe la llegada del té con papayas en abundancia. Lo veo y lo siento, apenas uno, dos veces en el largo camino de doce años de convivencia, interminable por mis propios problemas y reacciones, en una casa, como sólo pudiera haberla hecho el padre.

Se comienza el camino de su respuesta a "proponer" la redacción del "Romancero", formulada por él, como de costumbre, de manera oscura, lapidaria e inagotable. Acumula en segundos el libro grueso de la lectura y análisis de su trabajo en las tareas de El Puro, la lectura sólo interrumpida por rectificar de memoria el error en la impresión de una letra.

El último y breve trabajo que hicimos juntos fue el de una entrevista grabada para el Archivo de la palabra de la Fundación Hispana. Pocos meses antes le había leído los temas publicados de la Historia de Teyate, que él leyó sin cesar, como acostumbraba. La entrevista se transmitió en una sala agitada del pensamiento, la teoría y los desarrollos del historiador brillante. No fue bienvenida. Años después de partir con Teyate en Puerto Rico durante un foro organizado en su honor. Le mostré los apuntes de Don Francisco. Los elogió sin tasa. Ven viva la risa joven del neograciano con Francisco cuando le entró en Santiago el episodio.

A poca andar de su primer encuentro dejó de sorprenderme su sapiencia. No es la memoria batalladora de los torpes. La de don Francisco era tanta y, al mismo tiempo, tanta acumulada de escritos. Al citarme página y renglón de Buckle, de Spengler, de Saint Saury, de Macaulay cobraba vida en capacidad de representación del pasado. No pocas

veces le tiraba yo de la lengua para perseguir en su vehemencia palabras confundidas en el texto y en la imagen de su lengua sobre la realidad fundamental de la historia en cuanto a creación compartida de ciencia y de arte.

Mucho me costó a aceptar su sistema, si de esta modo puede suscribir lo que data de ser sistema cuando se construye a genio de su autor. Vi muchas veces el experimento en su fondo de Luis Cabrera. Desata el perillón, en cierta ocasión, las formas y proyecciones del pensamiento entre San Martín y Lord Cochrane. No lo cambia su penitenciamiento en la escuela pública de amigos personales. Años después que él me confió para publicar sobre los patrones. Durante dos semanas se concentró en su propia biblioteca, donde nadie podía interrumpirlo ni menos "hacer el uso" y no era raro encontrar bajo una montaña de libros y papeles el artefacto intimo perdido. De vez en cuando una minucia le llevaba la luz de la vida. Todo marchaba bien, tanto en el fondo como en la forma. En las horas perdidas, los libros de Francisco, toda la correspondencia cambiaba entre el vicepresidente argentino y el exuberante uruguayo, cada uno de los dos biografías de este, el proceso en la diestra, la documentación relativa a Alvarez Costanzo, las proclamas incendiarias que Cochrane lanzaba en las etapas desérticas del Perú, las noticias sobre la acción que él se producía en San Martín, los documentos sobre el General Virey y otros muchos papeles que por intermedio del buen amigo Oreste había hecho copiar del Archivo Nacional o le fueran enviados de Lima, elementos, en fin, que un escritor profesional elabora cuidadosamente durante un año antes de interpretarlos.

Lo vi salir de la biblioteca, preñado, entibado, y pedir la yagua. Aquella madrugada salió a campo sin aludarse apenas a nadie. Regresó a la noche. Continuos. Me habló de los libros de Dillmy que estaba de leer, con el pensamiento en el Perú y en la expedición libertadora. Ante mí requerimiento de noticias sobre su notable preocupación hizo un gesto de desagrado y se fue a dormir.

Al día siguiente, mientras pasaba por las oficinas de la casa, me sorprendió el golpe recibido de un jarrón que, no obstante la distancia, se dirigió al ya anciano historiador. Con asombro comprendí que era él. Cuando llegó a la casa ya se había recuperado en la habitación. No lo volví a interrumpir. Transcurridos dos días, durante los cuales nada supimos de él, sólo radiante con un fofo de efervencia y sonrisa ocultas que me dió sin interrupción y emergimos juntos para el análisis argumentado a don Carlos Nascimento. Era uno de sus mejores momentos. Como creer que todas las referencias habían sido llevadas a cabo con presunción absoluta de los principales documentos de los que debían desordenarse sobre la amplia mesa de la biblioteca. El dato preciso y la estancia habían destruido en su cabeza.

Cuando lo vié, hace unos meses, no se me pasó por la mente la idea de su muerte. Si recordaba mentalmente el encorramiento de los años. Una suerte de inmovilidad silenciosa me hacía la evidencia de que no tendría mucho en rendir en cuerpo. No lo he visto ni muerto ni vivo. No lo veré. Tampoco podré imaginármelo. Amo en memoria, como amo al Cilelo haciendo de cosas, gráficas y analíticas, gráficas de la vida y variadas que él representó.

Leopoldo Castedo

Washington, 23 Agosto 1955

Don Francisco Antonio Encina [artículo] Leopoldo Castedo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Castedo, Leopoldo, 1915-1999

FECHA DE PUBLICACIÓN

1965

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Don Francisco Antonio Encina [artículo] Leopoldo Castedo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile